

El Quinto y la Aparición

Por FELISA MARTÍNEZ

Cuatro mil soldados traigo
debajo de mi bandera
todos cantan, todos bailan,
no siendo uno que se queda.

¿Qué tienes, mi gran soldado,
que tan triste vas a la guerra?
¿Lloras por padre o madre,
por gente de tu tierra?

Ni por padre ni por madre,
ni por gente de mi tierra.
Lloro por Catalina
que es niña y encinta queda.

El día que caí quinto
tuve tratos con ella.
El día que me casé,
me arrancaron a la guerra.

¿Cuánto me das, mi soldado,
para que vaya a verla?
Te daré siete doblones
que tengo en mi faltriquera.

Siete meses te daré
para que vayas a verla.
De los siete a los ocho,
soldadito a mi bandera.

Deja el caballo que corre,
coge la mula que vuela,
deja los anchos caminos,
coge las estrechas sendas.

Al salir de un monte,
al entrar en una dehesa,
se le espantara el caballo
y él también se pavoriza.

Un poquito más adelante
va un hombre de su tierra.
¿Dónde va, el gran soldado,
con tanta prisa y carrera?

Voy a ver a Catalina
que es niña y encinta queda,
el día que me marché,
gran pena fue para ella.

Catalina ya se ha muerto,
que la he visto yo morir.
Cuatro duques la llevaban
por la ermita de San Fin.

Su carita era de cielo,
sus manitas de márfil,
el vestido que llevaba
era de fino carmesí.

Los zapatos que llevaba
eran de fino charol,
regalados por su novio
el día que se casó.

Siete vueltas dio a la ermita,
no encontró por donde abrir.
¿Cómo no me abres, Catalina?
¿Cómo me sabrás abrir?

Las manos con que te abra
no son las que tengo aquí,
que me las comió la tierra,
la figura vela aquí.

Los ojos con los que te veía
no son los que tengo aquí,
que me los comió la tierra,
la figura vela aquí.

Si había de pensar en Dios,
me puse a pensar en ti
y ahora estoy en el infierno
para nunca más salir.

Queda con Dios, caballero,
yo no puedo estar aquí,
que las penas del infierno
están esperando por mí.

¿Quieres que venda el caballo
para decirte misa a ti?
Y, si eso no bastara,
también me vendería a mí.

No quiero que vendas el caballo,
ni que te vendas a ti.
Cuantas más misas digas,
más tormentos para mí.

Si te vuelves a casar,
cásate en Valladolid,
que allí hay buenas muchachas
y una ha de ser para ti.

Si tienes alguna hija,
tráela siempre junto a ti,
que no te la engañe nadie
como tú me hiciste a mí.

Adiós, adiós, caballero,
que yo me marcho de aquí,
las cadenas del infierno
están tirando por mí.

